

AGENDA CIUDADANA EL SISTEMA YA ALCANZO LA IRREALIDAD

Lorenzo Meyer

La realidad aparente

El gran sociólogo francés, Emile Durkheim (1858-1917), propuso que, en materia de instituciones, a veces lo real es sólo aparente. En efecto, en cualquier sociedad y tiempo puede haber instituciones que a primera vista lucen sólidas -reales-, pero lo son únicamente en la superficie, pues su verdadera razón de ser ya desapareció; se mantienen por inercia. La otra cara de la medalla son, desde luego, aquellos patrones de conducta social apenas visibles, marginales, pero llenos de vitalidad: de ellos será el futuro.

Es posible que el sistema político mexicano basado en el binomio presidencialismo total-partido de Estado (PRI), y que ha dominado la realidad de nuestro país por más de medio siglo, ya pertenezca al reino de la "realidad aparente". Esta es, desde luego, una hipótesis, pero con sustento.

La historia esta llena de ejemplos de instituciones de "realidad aparente". Uno clásico es la esclavitud a inicios del siglo XIX. En el sur norteamericano, esta "institución peculiar", era entonces una brutal realidad, pero aún antes de que estallara la guerra de secesión que habría de acabarla, la evolución de los valores occidentales y el avance del capitalismo le habían cerrado ya el paso hacia el futuro. Entre nosotros, un ejemplo más reciente es el de la hacienda. Tras la caída del régimen

porfirista, la mayoría de los grandes latifundios permanecieron intactos, y cualquiera que en los años veinte echara una ojeada al campo mexicano lo encontraría muy similar al prerrevolucionario; sin embargo, como institución, la hacienda ya no tenía futuro, pues una revolución social le había arrebatado su legitimidad. El cardenismo así lo entendió, y en un lustro puso fin a una institución que por siglos había dominado la sociedad rural mexicana.

Algo parecido a lo que le ocurrió a la esclavitud norteamericana o a la hacienda mexicana, puede estarle ocurriendo hoy al núcleo central del sistema político mexicano: al partido de Estado-presidencialismo total. A primera vista, la maquinaria del PRI aún es formidable; esta en todas partes, cuenta con miles de cuadros en toda la escala social, con solo pedirlo de la manera adecuada puede obtener el apoyo lo mismo de vendedores ambulantes que de banqueros, intelectuales o dignatarios de la iglesia; dispone de recursos económicos sin cuento y esta montado sobre fuerzas inerciales muy fuertes. Por todo ello y más, ese partido ha podido sobreponerse al desafío de una oposición emergente. Y sin embargo, es posible suponer que el futuro ya no le pertenezca a él sino a la oposición, a la de ahora o a la que este por nacer.

Los asesinatos en el círculo del poder

Para suponer que el PRI es ya una realidad más aparente que real, no se tiene necesariamente que echar mano de los recientes asesinatos en y por la cúpula del poder. En si mismos, esos crímenes no son los mejores indicadores de que la vitalidad ha

abandonado al sistema. En efecto, volviendo la vista a otras estructuras de partido de Estado que han sido, se pueden encontrar asesinatos que más bien resultaron ser el preludio de una etapa de mayor fortaleza. Ahí está el caso, por ejemplo, de los asesinatos de Ernst Röhm y otros líderes de los SA en 1934 en la Alemania nacionalsocialista; esos asesinatos fortalecieron a Hitler y a la organización nazi en su conjunto. Lo mismo sucedió en la Unión Soviética; por ejemplo, en diciembre de 1934 fue asesinado en Leningrado Sergey Kirov, un alto miembro del Partido Comunista y serio rival de Stalin; muy probablemente Kirov fue muerto por ordenes de Stalin, pero en cualquier caso su asesinato fue usado como justificación para llevar adelante otra ola de terror que, a su vez, fue un paso más en la consolidación de un sistema totalitario que aún habría de prolongarse por medio siglo.

La idea de que el partido de Estado y la todo poderosa presidencia basada en el control de ese partido están llegando a su fin, se sostiene no en la reacción circunstancial frente a una serie de crímenes políticos, sino en la conciencia creciente de la ilegitimidad de todo un arreglo que ha permitido que desde 1917 los altos asuntos del Estado sean el monopolio de un pequeño grupo que ha derivado de ello grandes dividendos personales, y que mediante represión y cooptación, corrupción y un juego electoral sucio y desigual, ha impedido que México experimente los beneficios de la alternancia en el poder, única forma como los ciudadanos pueden realmente controlar a sus gobernantes.

Las características del autoritarismo

Es verdad que el sistema político construido por la "familia revolucionaria" mexicana, siempre estuvo lejos de asemejarse a los sistemas de partido de Estado totalitarios, pero es igualmente cierto que comparte con ellos algunas características. Y son precisamente esos rasgos los que hoy mantienen anclado en el pasado al juego del poder mexicano.

En *Dictadura totalitaria y autocracia*, Zbigniew Brezezinski -antiguo colaborador del presidente James Carter- y Carl Friedrich, definen el modelo totalitario con base en seis características: 1) una ideología absorbente, 2) un sistema centralizado de partido único, 3) terror, 4) monopolio de las comunicaciones, 5) monopolio efectivo de las armas y 6) una economía centralizada. El sistema mexicano se aparta completamente del modelo totalitario básicamente en el primer punto, pero sólo en ese, pues en los demás hay similitudes de grado. Veamos.

En el México postrevolucionario el quehacer político nunca se ha regido por una ideología, salvo, quizá, en el cardenismo, pero en todo caso esta no fue una "ideología absorbente", total. Posiblemente para nuestra fortuna, el pragmatismo, el oportunismo y la confusión han sido la regla en este campo. Ahora bien, aunque en muy diferente grado, manifestaciones de los otros cinco aspectos de los sistemas totales y antidemocráticos si se han dado o se dan en el sistema mexicano.

Es verdad que la élite mexicana ha preferido casi siempre cooptar y negociar que reprimir, pero en momentos críticos no ha vacilado en acercarse a eso que podemos llamar terror, aunque

sólo por breves momentos o en sitios muy localizados. La represión del 68 contra sectores de las clases medias urbanas o la guerra sucia contra las guerrillas urbanas o la rural de Guerrero en los años setenta, son dos ejemplos. En relación a la economía, esta nunca estuvo realmente centralizada, ni siquiera en la época del famoso "Plan Sexenal", pero desde entonces se colocó al sector estatal dirigido por la presidencia sin límites como el gran actor en este campo. Y en el período que corre entre la administración de Adolfo López Mateos y la de José López Portillo, el control gubernamental del proceso productivo fue notable. En cualquier caso, y como sugirió un economista norteamericano, en México la planificación, si existió, no fue a base de planes sino de choques y ajustes entre las diversas burocracias gubernamentales. Ahora bien, y como resultado de la crisis de principios de los años ochenta y la adopción del paradigma neoliberal, el mercado ha empezado a desplazar al Estado y a la presidencia como el mecanismo central de asignación de recursos.

En las tres características restantes de los sistemas totalitarios -partido único, monopolio sobre el sistema de comunicaciones y control del armamento- es donde la experiencia mexicana se acerca más a la propia de la antidemocracia liberal activa. Empecemos por la menos importante: el monopolio sobre las armas. Una vez concluida la rebelión escobarista de 1929, el gobierno se propuso desarmar a como diera lugar a sus auxiliares agraristas, y si bien el presidente Cárdenas buscó dar marcha atrás en esta política, hace ya mucho que las Defensas Rurales

perdieron importancia y dejaron de responder menos a las necesidades campesinas y más a las del ejército. Después del 68, sólo sobrevive legalmente y muy restringido, un modesto comercio de armas deportivas de muy bajo calibre. Legalmente, la mexicana es una sociedad casi desarmada donde el gobierno tiene el monopolio de los medios de violencia. Pero esto es únicamente en teoría, pues la corrupción de los propios cuadros de vigilancia del Estado ha hecho que la realidad marche por una senda diferente. Es de todos sabido que en nuestro país hay un gran comercio ilegal de armas, y quien desea tenerlas y dispone de dinero, las tiene; el narcotráfico en un extremo y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el otro, son dos ejemplos de la dispersión *de facto* de la capacidad de fuego en México.

Los dos rasgos de los sistemas totalitarios y autocráticos que mejor se han dado en el México que surgió de la Revolución, son: el control de las comunicaciones y el partido único. En la medida en que hoy sólo el 10% de la población lee periódicos, y de que hay un aparato de televisión por cada 6.7 habitantes y uno de radio por cada 5.4, resulta que el medio masivo de comunicación política por excelencia es el electrónico: la radio y la televisión. En este campo, la existencia de un monopolio televisivo abiertamente alineado con el PRI y de un sistema de vigilancia oficial -RTC- sobre el contenido de los noticieros difundidos por los concesionarios de la radiofonía, simplemente ha mantenido cerrados a la visión independiente u opositora los canales reales de la comunicación de masas. Finalmente, una buena

parte de la prensa, sea por soborno o por autocensura, sigue la misma línea oficial impuesta a la radio y la televisión.

Por lo que hace al último factor, el partido de Estado, es evidente que México tiene hoy al decanato en este campo. Desaparecida la Unión Soviética, ningún partido actualmente en el poder le puede disputar al PRI su marca de 65 años ininterrumpidos del ejercicio de un poder que ni siquiera ganó, sino que le fue entregado al nacer.

La raíz de la inviabilidad

Son básicamente estas dos últimas características -control gubernamental sobre los medios de comunicación y persistencia de un partido de Estado- lo que hace del sistema político mexicano, uno ya obsoleto, fuera de época. Y eso, aunado a la enorme y arraigada corrupción gubernamental y a la notoria incapacidad de las autoridades para cumplir con sus obligaciones esenciales -dar protección al ciudadano, impartir justicia, crear las condiciones que permitan una vida digna a los que se encuentran al fondo de la escala social- es lo que impide al arreglo político vigente contar con la legitimidad necesaria para mantenerse como el arreglo institucional del futuro. Los asesinatos planeados y llevados a cabo dentro del círculo gobernante en los últimos meses, son únicamente una manifestación más de que el cascarón del arreglo institucional del poder ya está vacío, de que partido de Estado en México es una realidad aparente.